

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



## Capítulo 52

# LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

*Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)*

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)  
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia  
Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia N° 1164, Lima 1  
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri  
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen  
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo  
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

*Derechos reservados*

ISBN: 9972-42-579-7

Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

# Representación del otro en la ficción de *No me esperen en abril*

Blas Puente-Baldoceda  
*Northern Kentucky University*

The white man is sealed in his whiteness  
The black man in his blackness  
There is a fact: White men consider themselves superior to black man  
There is another fact: Black men want to prove to white men, at all cost, the richness of their thought, the equal value of their intellect.  
*Black Skin, White Masks, Frantz Fanon*

El origen referencial de *No me esperen en abril* (1995) es un hecho real: la experiencia vivida por el autor Alfredo Bryce Echenique en un internado británico fundado por un oligarca que se desempeña como ministro de Hacienda durante la dictadura del general Manuel Odría: un colegio de 11 estudiantes cuyos padres eran los empresarios y hacendados de la alta burguesía y la oligarquía terrateniente. El narrador bryceano explora nuevamente estos sectores de la sociedad peruana a nivel de adolescentes cuya proyección amorosa de soñar con chicas constituye la columna vertebral de la novela (Teresa, un idilio frustrado de por vida que culmina con el suicidio del enamorado).<sup>1</sup> Asimismo, dentro de los lineamientos de corte sentimen-

---

<sup>1</sup> El autor declara: «El tema era un tema muy concreto. El de un internado increíblemente anacrónico en el cual tuve que vivir y padecer y también encontrar alguno que otro amigo inolvidable, pero en el cual nunca me sentí bien. Era un internado creado por un ministro de Hacienda del Perú, un oligarca con todas las de la ley, que no tenía un pelo de tonto, en cambio sus hijos sí. Este señor se dio cuenta muy bien, había sido educado en Oxford, vivía una profunda nostalgia de sus épocas inglesas, de sus épocas londinenses y hubiera dejado que sus hijos se incorporaran también a este mundo; sin embargo, este señor se había dado cuenta perfectamente de que sus hijos estaban demasiado ya malogrados por los mimos, por el engreimiento familiar, etc., y nunca lograrían hacer una carrera brillante como la que había hecho él en Inglaterra, por lo cual decidió importar Inglaterra, y trajo de la Universidad de Cambridge y de la Universidad de Oxford a una serie de profesores, y compró un ex hotel donde se había divertido por los años 30 la oligarquía peruana. El hotel de Los Angeles, el antiguo hotel del ferrocarril de Los Angeles, el de Chosica, el de la estación, y allí creó un colegio con once alumnos y dieciocho profesores». Julio Ortega, *El hilo del habla. La narrativa de Alfredo Bryce Echenique* (Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1994), 112.

tal que el autor cultiva diestramente, incursiona en la temática de la amistad, no solo con los miembros de su clase social (sus compañeros de colegio), sino también con miembros del sector socioétnico subalterno (Adán Quispe, su confidente y protector). La trama de la novela está enmarcada en un determinado referente histórico de la realidad peruana: los regímenes militares y las pseudodemocracias que evolucionan desde los años cincuenta hasta el noventa. El narrador ficticio deviene en narrador histórico cuando alude sin mayor elaboración, pero con su típico humor —que linda con el sarcasmo y la sátira— a temas tales como la corrupción política y financiera, la economía neoliberal e informal, el reformismo, la migración andina, la tugurización de la ciudad, el terrorismo y el narcotráfico, la globalización, etc. Toda esta información transmitida por el narrador histórico le sirve al narrador ficticio para denunciar el acendrado racismo de la elite criolla cuya pérdida del paraíso blanco de San Isidro los conduce, bien al desclasamiento, o bien, al exilio. En el mundo representado de la novela, las diferencias etnoculturales y socioeconómicas son abismales, y en los modos de representación del *otro* por parte del narrador, Manongo Sterne y los demás personajes, cabe advertir la fijación casi maniática de imágenes estereotipadas. En el sistema textual, se entretajan los semas de extranjería, mestizaje e impureza: en la búsqueda de una identidad nacional y cultural, la elite criolla supuestamente blanca en un cien por ciento rechaza la transgresión y la corrupción consustanciales a los sectores socioétnicos subalternos, y optan nostálgicamente por la pureza del ancestro español, inglés, francés e italiano. No es gratuito que el epígrafe del capítulo II, extraído de Miguel Rojas-Mix, reza así: «Los colegios privados extranjeros fueron una reivindicación de las colonias, en busca de mantener su extranjería dentro de una sociedad receptora».<sup>2</sup>

Este referente sociohistórico vivido por el autor real —experiencia autobiográfica— es el punto de partida para la creación ficcional que es «fruto única y exclusivamente del trabajo inventivo». El autor real, Bryce Echenique agrega:

Para mí esto es algo vivido, algo que además me interesa mucho, y en este sentido puede ser una experiencia autobiográfica. Pero no es el hecho en sí. Nunca es el hecho. El hecho vivido, vivido está. Hay que volverlo a inventar. Hay que hacerlo explotar, para que muestre todos sus

---

<sup>2</sup> Bryce Echenique, *No me esperen en abril* (Barcelona: Editorial Anagrama, S.A., 1995).



rincones, sus recovecos. Y también, por qué no, aquello que no fue, aquello que no es.<sup>3</sup>

¿Cómo se lleva a cabo la invención que se sustenta en la experiencia autobiográfica en *No me esperen en abril*? En primer lugar, el relato se transmite mediante un narrador —versátil y nada confiable— que utiliza tres tipos de focalización —cero, externa e interna— para explorar la psicología de los personajes. A veces, cobra gran relieve al distanciarse enfáticamente de la conciencia narrada; a veces acorta dicha distancia a tal punto que se fusiona con ella —como en el caso del protagonista Manongo—, de modo que el personaje asume un rol preponderante.<sup>4</sup> Estos modos narrativos —que se refieren ya sea a la preeminencia del narrador o a la preeminencia del personaje reflector— se expresan mediante los correspondientes discurso diegético y discurso mimético. En el siguiente párrafo, el narrador heterodiegético focaliza internamente a Don Álvaro mediante el uso del discurso narrado, de la sinopsis diegética del discurso indirecto libre (uso de diminutivos y giros coloquiales) y el monólogo citado:

Don Álvaro de Aliaga y Harriman odiaba la limpieza de la ropa limpia. O sea que entró a su baño, lo vio todo implacablemente desgastado, descosido, deshilachado, sutilmente planchado, como decía él, y sonrió feliz. Como en política, hoy también le tocaba hacer alguna trampita para empezar el día. O sea que se afeitó pésimo, descuidó enseguida al máximo su peinado y su bigote *old England*, le agradeció al cielo no tener que cagar para no tener que limpiarse, estuvo dando saltitos de felicidad en la ducha mientras se aferraba a las llaves bien cerradas del agua fría y caliente, ya alguna vez le había caído un par de gotas de agua en día de ropa limpia, canturreó, tarareó, miró al río Rímac desviado por la ventana, le importó un comino la idea de mojar un poquito la toalla y se secó seco, muy cuidadosamente, eso sí, para que la toalla se

<sup>3</sup> Ortega, *El hilo*, 122.

<sup>4</sup> Estos dos tipos de narración se corresponden con las situaciones narrativas establecidas por Stanzel: la «authorial narrative situation» y la «figural narrative situation,» o con las establecidas por Cohn: la «dissonant narration» y la «consonant narration.» Estas situaciones narrativas se corresponden a su vez con la distinción «telling» and «showing» establecida por Lubbock y, finalmente, con la oposición entre narración heterodiegética con focalización cero y una narración heterodiegética con focalización interna, planteada por Genette. Para la explicación narratológica de *No me esperen en abril* se han utilizado las teorías de Gérard Genette, *Fiction & Diction* (Ithaca: Cornell UP, 1993), Dorrit Cohn, *The Distinction of Fiction* (Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1999) y Mieke Bal, *Narratology. Introduction to the Theory of Narrative* (Toronto: Toronto UP, 1997).

gastara y se deshilachara un poquito más cada vez, la arrojó cuidadosamente al suelo, la pisoteó, finalmente la pateó, y se entregó al asunto aquel de su vestimenta, que en todo Lima nadie entendía bien y alguien había juzgado como un rasgo de avaricia.

«¿Avaro yo? ¿Con la de billetes que estoy emitiendo?».<sup>5</sup>

Debido a su condición heterodiegética, el narrador no participa en los hechos narrados; no obstante, en otras partes de la novela, el lector lo percibe como contemporáneo y casi en función de testigo dentro de la diégesis, de modo que cabría hablar aquí de un proceso de homodiegitización:

Choferes uniformados que depositan adolescentes uniformados. Alguna mamá que llora porque su hijito se le va interno. Y lo que es peor, oñño, hojita de té, ese huevas tristes debe ser ñoco además de todo, algún hijito que se va interno llora desconsoladamente al despedirse de su mamá. Elegantes maletas contienen equipajes que contienen de todo. Neca Neca Pinillos llega en taxi, independiente, mayor, con una barba de tres días, a propósito, y paga mostrando un fajo de billetes que da para toda una mala vida. Un provinciano llega en el Expreso de Miraflores, la cagada, cholo tenía que ser y cuando dijo que era de Huaraz, el mesmito corazón del Callejón de Huaylas, lo dijo con un acento serrano además de todo y aunque sea hijo de diputado, según contó también, como quien se justifica y dice yo soy un blanco de allá arriba, de la Cordillera blanca y la Cordillera negra, chuto, indio, serrucho de miércoles tenía que ser y Charles Colas de la Noue, Caballero que era de la Orden de Malta, por el lado luxemburgués y paterno, ya que era un auténtico Torre Tagle por el lado materno, realmente se indignó y estuvo a punto de regresarse a su casa porque un indio no venía en el prospecto con fotos del colegio y todo que don Álvaro de Aliaga y Harriman le hizo llegar al padre de cada uno de ellos [...].<sup>6</sup>

Los comentarios valorativos del narrador en el párrafo anterior coinciden ideológicamente con los del personaje, puesto que ambos pertenecen a la alta burguesía étnicamente blanca que se ufana de un abolengo aristocrático y cuyo racismo a ultranza condiciona la visión estereotipada sobre los sectores socioétnicos considerados subalternos. Ya en las primeras páginas de la novela, la mentalidad colonial de Don Álvaro de Aliaga y Harriman, que sobrevalora la cultura y el acento británico con relación a la vulgaridad de la cultu-

<sup>5</sup> Bryce Echenique, 15-16.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 151.

ra y el acento norteamericano, percibe más indígena que nunca a su mayordomo y no se acuerda de su nombre, pero, condicionado por el estereotipo, supone que se llama Saturnino, Paulino o Fortunato. Es más: esa mañana concluye que cada vez queda menos Inglaterra en el Perú, aunque sí se complace en saber que en el comportamiento marital de las esposas de los oligarcas involucrados en la fundación del colegio persiste el estilo de las famosas tapadas de la época colonial. Ahora bien, dentro de este sector social existen los considerados *raros* como Manongo, el protagonista principal, que brinda su amistad al cholo Adán Quispe, que vive en un corralón aledaño al barrio residencial de San Isidro. Manongo se conmueve con el canto de las palomas cuculí: «la palomita esa negra y horrible, también hay palomas chuscas, Manongo. Volvió a preguntar: ¿por qué el lamento de esa paloma es andino, aquí en Lima, aquí en la costa, aquí en San Isidro, aquí en la casa nueva».<sup>7</sup> Una interpretación alegórica concluye que el protagonista cuestiona la intrusión de la *otredad* en un espacio supuestamente fino, blanco y hermoso; no obstante, Manongo muestra, al mismo tiempo, una actitud condescendiente, paternalista y piadosa —sensible socialmente a la pobreza que circunda la zona residencial de la oligarquía—, sentimiento que se materializa en actos de conmiseración:

Y en la vereda, niños pobres, niños del pueblo juegan jax. La pelotita de goma casi roja da botes, pero no recogen piezas de metal sino piedrecillas que hábilmente pasan de una mano a otra. Eso es lo que recogen del juego de jax: no las piezas reglamentarias como equis doble o un átomo de metal sino piedrecitas del suelo y de la calle. A Manongo le han leído hace años un Quijote para niños y decide enderezar un entuerto. Y mete a Tere a la bodega y entonces ella comparte su tristeza y siente que la llevan fuerte de la mano hacia más tristeza y que, una vez ahí, en el mostrador, Manongo le pide a un chino viejo como un domingo flaco de invierno un juego de jax y algo más que es un sobre con bolas para jugar a los ñocos. Tere no entiende nada, pero siente mucho y ahoritita ya va a sentirlo todo, qué lindo, Manongo es como nadie es así. Manongo paga, no compra cigarrillos porque tiene un nudo en la garganta y no le da para más la voz de hombre. Ahora salen, y claro, él les entrega el juego de jax reglamentario a unos pobres niños reglamentarios que por un instante se sorprenden, pero luego entienden y ahora agradecen y ahora

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, 30.



sonríen y ahora ya se olvidaron de ellos y ahora estrenan ansiosos un juego nuevo caído de una tarde de domingo.<sup>8</sup>

El narrador se traslada fácilmente de la subjetividad de Manongo hacia la subjetividad de Teresa mediante la focalización interna y el uso del discurso indirecto libre y monólogo citado (¿quién piensa «qué lindo, Manongo es como nadie es así»? Obviamente, Teresa). Ahora bien, la repetición del adjetivo «reglamentario», la alusión al Quijote, el simil «domingo flaco de invierno», el uso del diminutivo en una de las repeticiones del adverbio *ahora*, son rasgos del discurso del narrador cuya picardía se destila aun tratándose de la conmiseración humana, tal vez con la intención de ridiculizar y, de ese modo, poner en tela de juicio el comportamiento ético del protagonista.

Asimismo, el protagonista rechaza abiertamente la presencia del *otro* cuando endilga el calificativo de *indio*, *cholo* y *pobre serrucho* a su profesor García, y lo moteja: «Yo canté *puis*, Cara de Plato[...]».<sup>9</sup> Véase las cursivas usadas en la novela cada vez que se reemplaza la e por i y de la o por u —rasgos fonológicos del habla de los andinos como resultado de la interferencia de su lengua nativa, el Quechua— y que el protagonista usa para mofarse de la apariencia física, lengua y la cultura de la otredad. Según la antropóloga peruana Marisol de la Cadena, la definición moderna de raza soslaya los rasgos biológicos en virtud de un énfasis en la inteligencia y la moralidad a condición de que estos rasgos psicológicos hayan sido modelados por la educación, de manera que el color de la piel queda descartado; es más: es posible construir socialmente la blancura. La adquisición de la distinción social mediante la educación y la solvencia económica constituye el proceso de blanqueamiento que conduce a la obtención de la cualidad social denominada decencia. Esta definición que supeita los rasgos físicos a los rasgos morales o intelectuales es adoptada no solo por las elites sino también por los grupos subordinados y, de ese modo, ambos contribuyen a erigir la educación como una forma de legitimar las jerarquías sociales. Son, pues, cómplices en la utilización de la educación como vía para legitimar la discriminación y silenciar el racismo hegemónico en la sociedad peruana.<sup>10</sup> Por

<sup>8</sup> *Ibid.*, 113.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 34.

<sup>10</sup> De la Cadena. *Indigenous Mestizos. The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991* (Durham & London: Duke UP, 2000), 1-29.



ejemplo, en los hogares de la oligarquía limeña «se burlan del general Odría, del Presidente y su chola María, de los generales siempre retacos y panzones de nuestro ejército de cholos, ¿qué opinión pueden tener ellos del subteniente Alfaro? No parece mala gente, no da miedo, más bien da miedo reírse de él cuando habla pésimo. Cholo blancón, lo más desconcertante es que ande dando clases en un colegio, y es que dicen que a los peores los mandan a los colegios, para que se burlen de ellos, ¿será verdad?, ¿será como un castigo para ellos?, ¿el suplicio de lidiar con chicos decentes y burlones?». <sup>11</sup> El narrador presenta la cosmovisión de los adolescentes y sus familias mediante la focalización cero y mediante el discurso indirecto libre (el uso de la interrogación): ellos consideran que la apariencia física, la manera de hablar, la capacidad intelectual de los cholos, es horrible, incorrecta y deficiente, aun en aquellos cuya piel es blanca y han adquirido educación como vía de movilidad social. Evidentemente, la cultura colonial o post-colonial de la elite criolla estigmatiza no solo los rasgos biológicos de la raza o razas subalternas, sino también la cultura que representan y la región andina de donde provienen, lo cual demuestra que los conceptos de raza, cultura y región están interrelacionados.

Al principio de la próxima cita, el lector se entera de que el primo de Manongo, el gordito Cisneros Tovar, viene a buscarlo para ir juntos a la clase inaugural. La voz narrativa con focalización interna y con discurso indirecto libre lo introduce en la conciencia contradictoria de Manongo: el amigo de cholos —por quienes siente pena y que parece actuar impulsado por una culpa cimentada en el subconsciente de su clase social— se refiere esta vez al aspecto geográfico, socioeconómico y cultural del racismo dominante de la elite criolla, la cual no solo discrimina al indio y al cholo en cuanto a su aspecto físico («impresentables») sino en cuanto a su región de origen («provincia») y a su cultura («andino»).

Y la provincia abundaba: un gordo maceteado de Ica, un tal Luchito de Chíncha, uno con corbatita michi, de Sullana, Gustavo y Lelo, que no los habían botado del Santa María y que sabe Dios por qué cambiaban de colegio, eran limeñísimos. Un cholo fuerte que dicen que viene de Nazca. Un impresentable que parece andino, pero que tiene que ser rico para entrar al San Pablo, primo. ¿Y ese?, ¿ese quien será, primo? Pero, en fin, dentro de una semana lo iremos sabiendo todo y mira, la cagada, el Macho Inurritegui, de Trujillo, dicen que ya le pegó a un colegio ente-

---

<sup>11</sup> Bryce Echenique, 35.

ro. ¿Y ese enano con cara de judío? Ario, primo, y se apellida Heidelberg. Mira ese cholo retaco[...].<sup>12</sup>

El cholo de apariencia andina, impresentable, fortachón y nazqueño, que cuenta con los recursos económicos para educarse en un colegio destinado a la prole de la oligarquía limeña, no escapa a la discriminación racial. A diferencia del otro miembro de la otredad —el judío—, con quien comparte el rasgo de ser bajo («enano» y «retaco»), el cholo desafortunadamente no es ario ni lleva el apellido Heidelberg, rasgos que son valorados tácitamente por el narrador. Otro caso de antisemitismo es el siguiente:

En fin, el asunto amenazaba con primera mechadera del año y Pipo Roldán y Albornoz se disponía ya a correr en su triciclo en busca de su amigo Nonone, cuando la llegada de un árabe de ojos verdes, alto y flaco como un inglés de ojos verdes, los desconcertó por completo y dejó en suspenso aquel duelo al sol. Era Nemi, hijo de comerciantes sirios enriquecidos en Palpa, pero Neca Neca entendió que era hijo de palpeños libios enriquecidos donde chucha fuera y Charles Colas de la Noue puso el grito en el cielo porque además de cholos al colegio había entrado un judío.<sup>13</sup>

A despecho del planteamiento de la antropóloga De la Cadena, en *No me esperen en abril*, la discriminación racial parece centrarse en el aspecto biológico ya que el ideal físico implícito en las valoraciones del protagonista y los personajes corresponde al de una persona alta, delgada, rubia, de ojos verdes, de pelo castaño o rubio y, sobre todo, con una piel bien blanca. Estos rasgos conforman la supuesta superioridad absoluta y universal del patrón estético de la oligarquía limeña; de modo que los rasgos que no se ajustan a dicho modelo —tales como los de la indianidad—, son estigmatizados como feos, monstruosos, amorfos, pervertidos, ordinarios, insignificantes y, por lo tanto, los ubican en el polo opuesto de la inferioridad absoluta («dos indias viejas, dos monstruos de fealdad. Y ahí aparecieron esos dos patéticos espantajos...»).<sup>14</sup> Sin embargo, el caso de Nemi sería una contradicción a lo anterior: los atributos físicos de ser alto, delgado, de ojos verdes no lo exonera de sufrir la discriminación ya que su condición de sirio o judío es *extraña* para la oligarquía criolla.

<sup>12</sup> Ibid., 131.

<sup>13</sup> Ibid., 157.

<sup>14</sup> Ibid., 205.

¿Cabría encajar esto dentro de lo que la antropóloga De la Cadena distingue como fundamentalismo cultural? Es decir, el racismo sin raza o neoracismo que propone una retórica culturista de la exclusión: la gente está separada irrevocablemente por esenciales diferencias culturales. La proclividad del género humano es rechazar a los *extraños*, lo cual explicaría la violenta reacción xenofóbica entre los diversos grupos. Esta relación de odio, repugnancia y hostilidad presupone la inaccesibilidad de las barreras culturales. Es el caso del escritor Mario Vargas Llosa cuando opina que el primitivismo y/o salvajismo de la cultura andina es suficiente justificación para que los indios abandonen y se asimilen a la cultura occidental considerada como avanzada.<sup>15</sup>

Retornando a *No me esperen en abril*: ¿es Tere racista o neoracista, o ambas cosas a la vez? Ella no puede concebir que Manongo sea amigo de un cholo mayor que él y, condicionada por su extracción social, sospecha que existe algo anómalo en dicha relación amical:

—Perdóneme, Manongo, pero es que no estoy acostumbrada. Mira, si todas las noches, cuando te despides de mí, te vas a buscar al cholito ese del corralón, que además es mayor que tú y seguro que es bien corrompido. Yo sospecho, Manongo. Yo tengo miedo de sospechar que... Yo me he jurado, Manongo, que esta noche tú me dirás toda la verdad y que yo lo sabré todo antes de que vaya al colegio. ¿Por qué eres amigo de un cholo?

—Porque es mi amigo, Tere. Como lo son Pájaro o Jorge o Giorgio o mi primo, el gordito Cisneros.

—No, no es igual, para mí no es igual. No tiene la misma explicación. Mientras tú no me pruebes lo contrario, para mí sólo puede tener otra explicación.

—¿Cuál?

—Manongo, tú... Hay gente que dice que tú eres bien raro.<sup>16</sup>

Bhabha sostiene que un rasgo primordial del discurso colonial es la supeditación al concepto de fijación en la construcción ideológica del otro. La fijación, signo de la diferencia cultural, histórica y racial, es un modo de representación paradójico, ya que connota rigidez y ordenamiento inflexible al mismo tiempo que desorden, degeneración y repetición demoníaca. De igual modo, el estereotipo, que es una principal estrategia discursiva, es una forma de conocimiento e iden-

---

<sup>15</sup> De la Cadena, 3.

<sup>16</sup> Bryce Echenique, 142.



tificación que vacila entre lo ya conocido y localizado y algo que debe ser ansiosamente repetido como si la duplicidad del asiático y el bestial libertinaje del negro —que no necesita comprobación— jamás pueda realmente comprobarse en el discurso. Este proceso de ambivalencia juega un rol central en la elaboración del discurso colonial. Es esta fuerza de la ambivalencia la que concede actualidad al estereotipo: asegura su inmutabilidad durante los cambios históricos y en las diversas coyunturas discursivas; comunica sus estrategias de individualización y marginalización; produce ese efecto de verdad probable y predicción que, en el estereotipo, siempre debe ser un *exceso* de lo que puede ser empíricamente probado o lógicamente construido. No obstante, la función de ambivalencia como una significativa estrategia psíquica y discursiva del poder discriminatorio —ya sea racial o sexista, metropolitana o periférica— todavía requiere trazarse un derrotero.<sup>17</sup> Tere sospecha que la amistad de Manongo con Adán Quispe se funda en una relación pervertida. Y esta asunción no es sino la visión estereotipada de la oligarquía criolla con respecto a la moral de los cholos e indios, y cuyo antecedente más remoto sería la Santa Inquisición y la extirpación de idolatrías. Es evidente que la mentalidad colonial es todavía vigente y se manifiesta en la discriminación racial, social y cultural de una sociedad cuya fractura histórica se inauguró con la conquista del imperio Inca por los españoles. Un caso actual que corrobora la recurrencia de la visión estereotipada sobre el *otro* es el escándalo con que reaccionan aquellos que se creen descendientes de los criollos cuando llegan a las universidades norteamericanas o francesas y se dan de bruces con indios y cholos que hablan con gran fluidez las lenguas de la civilización occidental. Esta reacción responde al estereotipo de que los indios y los cholos solo pueden comunicarse en quechua o en castellano andino, lenguas ya sea primitiva o ya sea incorrecta respectivamente, cuyos hablantes —asumen los nuevos criollos— adolecen de deficiencia intelectual. ¿Acaso este estereotipo no es sino la recurrencia de la antiquísima controversia entre Las Casas y Sepúlveda sobre si los indios son o no seres humanos?

Además de los cholos, indios y judíos, en *No me esperen en abril* se discrimina al grupo étnico negro, no solo por parte del narrador, sino también por uno de los profesores, cuyo apodo es Teddy Boy: «[...] Ismael y Luis Gotuzzo, negriblancos de andares tropicales,

---

<sup>17</sup> Bhabha. *The Location of Culture* (Londres y Nueva York: Routledge, 1994), 66.



bembas cubanoides y millones de dólares, a quienes, por ser tan morenos y bembones, Teddy Boy, el más excéntrico entre los excéntricos profesores de San Pablo, bautizó como Jueves y Viernes, ya que era también profesor de literatura y quería de esa manera rendirle homenaje al inmortal *Robinson Crusoe*». <sup>18</sup> El arraigo del racismo es tan profundo en el subconsciente colectivo de la oligarquía criolla a tal extremo que los factores social y económico son soslayados: no les importa que la otredad subalterna haya ascendido gracias a la adquisición de los medios económicos, ya que, irremediabilmente, los indios/cholos/negros/judios pertenecen a *razas inferiores*.

Y había, en efecto, unos cholos cholísimos que agregarles a los que habían aparecido en el punto de reunión de la plaza San Martín. El primero era Montoyita, que había llegado al colegio el día anterior y llevaba veinticuatro horas sin comer y sin que apareciera profesor inglés o peruano alguno, más el auquénido becado Canales que también había llegado la noche anterior de Paramonga, becado, o sea calato de mierda, pero con una fama de inteligente impresionante y un más impresionante *crew cut* tan norteamericano como la empresa para la que trabajaba su padre, que en nada escondía el trinchudo y chuncho pelo con que vino al mundo y la puta que lo parió. Al francés Sicard también tenía que corresponderle barriada, por lo fofo y rosado que era y barriada les tocaría también al cholo Facciolo, que era algo así como un chontril al cubo por cholo, por Facciolo y porque a quién diablos se le ocurre llamarse Ludgardo, además de todo. Percy Centeno, inmediatamente bautizado *Pircy* por serrano de mierda y porque con ese acento pronunciaba él mismo su nombre, fue el quinto habitante destinado al barrio marginal, y el sexto, por feo, por cholo y porque no tenía culo, fue nada menos que Cochichón Seltzer, bautizado con ese nombre porque su padre, cholísimo también pero de reconocido prestigio como analista clínico, era nada más y nada menos que el muy próspero fundador y propietario de los Laboratorios Cochichón Inc., con socios capitalistas norteamericanos y había recibido la Orden del Sol del Perú y todo por haber inventado un Cochichón-Seltzer tan eficaz y de tan bajo precio que había literalmente terminado de borrar del mapa farmacéutico nacional el Alka-Seltzer. <sup>19</sup>

A los cholos cholísimos, feos, deformes («no tenía culo»), sin los atributos físicos del ideal criollo («el trinchudo y chuncho pelo»), y que no son de Lima (San Isidro) («había...llegado de Paramonga», «serrano de mierda»), se les asigna el espacio de la marginalidad

<sup>18</sup> Bryce Echenique, 159.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 164.

(«barrio», «barrio marginal»), y, aunque se han movilizado social y económicamente en virtud de su capacidad intelectual, son discriminados rabiosa y despiadadamente («serrano de mierda» «la puta que lo parió») porque no son blancos puros descendientes de la añeja Lima colonial. Todo lo anterior, pues, refuta el planteamiento de los intelectuales peruanos, como Manuel González Prada, que concebían la educación de los indios como una manera de lograr el nivel moral e intelectual de los criollos o como Francisco Graña y su concepto de la autogenia —el mejoramiento interno de la raza a través de la nutrición y la educación; o pone en tela de juicio la promoción del mestizaje y la existencia del *trigueño* con su incuestionable capacidad intelectual que lo exime del complejo de inferioridad.<sup>20</sup>

Otro aspecto del racismo en *No me esperen en abril* es la espacialización valorativa de la raza o, en otros términos, la racialización de la geografía. Puesto que el referente geográfico, sociopolítico y cultural del mundo ficticio es la realidad peruana, no está demás añadir la siguiente aclaración:

A la idea de la costa como el lugar de la cultura colonial corresponde la idea de que es el ambiente natural de los españoles o sus descendientes, los *criollos*. Desde el siglo XIX, se les conoce como los «blancos», sin considerar el color de la piel (Barragán, 1998). En el mismo cuadro, los indios son los habitantes naturales de la sierra, la región andina donde floreció el imperio Inca. Finalmente, el trópico forestal de la Amazonía, conocido como la «selva», se asoció con lo «primitivo» y el «salvajismo» de las tribus, concebidas como indígenas de diferente tipo que no han hecho ninguna contribución a la historia peruana. Los mestizos, individuos indefinidos de todo tipo, viven en cualquier lugar de la zona andina o la zona costera. A los negros se les consideró como una raza extranjera; por lo tanto, carecen de un lugar específico de origen en la geografía nacional; sin embargo, como gente tropical se adaptan a las calurosas áreas de la costa.<sup>21</sup>

El narrador jerarquiza a los personajes de acuerdo con la región de donde provienen: cuanto más elevado el lugar, más bajo el *status* social de sus habitantes. Sin importarle la procedencia social, los habitantes de los Andes, llamados *serranos*, son considerados inferiores a los costeros y, entre estos últimos, el *limeño*, se ubica en la cúspide de la pirámide etnosocial.

---

<sup>20</sup> De la Cadena, 1-29.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 1-29.

En fin, que ya Mati le había contado a su mamá que en el colegio había un serrano, nada menos que un indio del Callejón de Huaylas, mamita, y que eso podía ser contagioso y, en todo caso, era repugnante. Pírcy Centeno se llamaba el auquénido y, bien llegó la señora Rebeca, se coló hasta el compartimento de la barriadita en que el pobre Pírcy andaba cabizbajo y meditabundo ante las perspectivas de su triste destino costeño-británico, y literalmente lo levantó de la cama cogiéndolo por las orejas.

—¿Con qué derecho *tú* en un colegio como este?

—Eso mismo me pregunto yo, señora —le respondió Pírcy, a quien no le faltaba un extraordinario sentido del humor y de autocrítica, pero que no logró decir una sola palabra más y, en cambio, tuvo que sorportar el más vil de los chantajes y la más cruel de las humillaciones.

—¿Qué aspiras a ser cuando seas grande? —le interrogó doña Rebeca, ante la sádica y satisfecha sonrisa de su Maticito.

—Gamonal y deputado como mi papá, señora.

—Pero para eso se necesita haber estudiado algo, primero ¿o no?

—Bueno, mi papá no estudió nunca nada pero sí es cierto: quiere que yo sea ingeniero agrónomo. Según él, patria es progreso. Y las gallinas que hoy solo ponen huevitos, algún día pondrán huevones...

Un cachetadón puso fin a este nuevo brote de humor del pobre Pírcy, que ahora, con indígena fatalismo, se resignó a aceptar el sucio chantaje al que lo estaba sometiendo la madre del cretino de Mati. Su esposo, el ingeniero de las Casas, era rector de la Escuela de Agronomía, que muy pronto se convertiría en Universidad Agraria, además de todo, gracias por supuesto a su esposo, el ingeniero de las Casas.

—¿Entendiste lo que eso quiere decir?

—La verdad que no, señora.

—¡Dios, mío! ¡Qué podemos hacer con un país donde abundan serranos como este! Te estoy proponiendo un pacto y tú ahí con esa cara de burro con sueño. Mira, que quede bien claro: si tú le haces la cama todos los días a mi hijito Mati, mi esposo te ayudará a ingresar a la Escuela de Agronomía.<sup>22</sup>

Mediante el discurso directo y el discurso indirecto, y la focalización externa libre, el narrador nos transmite la manera cómo piensan y sienten doña Rebeca y su hijo Mati con respecto al hecho de que Percy Centeno, un serrano, ha sido matriculado en un colegio británico para estudiantes blancos y ricos; por otro lado, mediante el discurso narrativizado y la focalización interna revela su reacción con respecto a dicho evento narrado. Aparentemente, el narrador presenta de manera objetiva un conflicto en el cual queda al descu-

---

<sup>22</sup> Bryce Echenique, 189-190.



bierto la corrupta manipulación del poder político (repárese en la artimaña de doña Rebeca para perpetuar la servidumbre del subalterno) por parte de un sector de la sociedad peruana. Asimismo, el odio, la repugnancia y la hostilidad de la oligarquía criolla con que expresa sus prejuicios sobre los subalternos andinos, sin importarles ni la condición socioeconómica ni el nivel intelectual ni la cultura de estos últimos —son indios y como tales no tienen ningún derecho de violar el espacio privativo de los blancos—, es una palpable manifestación de fundamentalismo cultural. Sin embargo, en el estilo para narrar esta deplorable situación se advierte el uso de frases hechas («cabizbajo y meditabundo», «triste destino», por ejemplo) de estereotipos («indígena fatalismo»), de fetiches («auquéridos») y, sobre todo, a nivel del significante, de la mofa con respecto a pronunciación del castellano andino («Pírcy», «deputado»), todo lo cual configura un tono frívolo, anodino y superficial que no condice con una temática que para ciertos lectores exigiría probablemente otro tipo de tratamiento. Esto crea cierta ambigüedad en cuanto al sentido de humor del narrador: ¿selecciona estos eventos porque quiere poner al descubierto las atrocidades del racismo o porque le resultan divertidísimas?

Teddy Boy —el profesor preferido de los colegiales blancos, ricos, bellos e inteligentes— es un racista extremo ya «que, tras levantarse el pantalón y enseñar un muslo más blanco de verdad, soltaba aquello de mucho cholo, mucho cholo, mientras que a todo alumno que tenía hermana rubia le ponía un punto más en cada nota y dos al predestinado Manongo Sterne por tener novia suiza y multimillonaria, chica bonita además, y que pesa pesa pesa, su peso de plata en oro». <sup>23</sup> Es más: inculca su furioso racismo entre sus alumnos: «Llevado por tan premonitorias reflexiones, Teddy Boy empezó sus clases variando ligeramente algunas de sus frases recurrentes, su mensaje subliminal para niños inteligentes. Ya no decía «Mucho cholo, mucho cholo» sino «Cada día hay más cholos», sobre todo cuando se dirigía a los alumnos que terminaban aquel año». <sup>24</sup> Teddy invita al colegio a dos intelectuales de izquierda para que les hablaran a los estudiantes sobre la realidad peruana. «El triunfo de la causa está *muy* cercano, ya no solo cercano» fue otra de las variantes que Teddy Boy introduce en sus frases recurrentes. Pero para qué introdujo nada. «—Cercanísimo— le respondió Pepín Necochea una tarde y, la

---

<sup>23</sup> Ibid., 190.

<sup>24</sup> Ibid., 398.



verdad, nadie supo muy bien a qué o a quién se refería». <sup>25</sup> Muchos años después, Teddy Boy se casa con Margarita, una muchacha de Aucayacu, que trabaja como empleadita doméstica en una casa donde la maltratan. «Es bien bonita y medio blanquita, compadre, a fuerza de ser paliducha. Y con anteojos, porque es medio virolita, la pobre, y no sé qué más, con anteojos parece que hasta estudiara en una universidad o algo por el estilo... ¿Me entiendes?». <sup>26</sup> El hecho de que es medio blanquita y que lleva anteojos, justifica en cierto modo su matrimonio con el profesor que vaticina la migración masiva de los andinos hacia las ciudades de la costa o la cholificación del país cuando dice «el triunfo de la causa,» según infiere Manongo Sterne tiempo después cuando ya es un exitoso hombre de negocios, transnacional y globalizado.

Todo lo anterior induce a suponer que uno de los postulados ideológicos del autor implícito es que el mestizaje ha sido, es y será un proceso irreversible en un contexto colonial y post-colonial. «En el Perú, quien no tiene de inga, tiene de mandinga», se dice en alguna parte de la novela para satirizar la pretendida existencia de la raza blanca pura que propugna una minoría que se obsesiona en ignorar la mezcla ancestral de los conquistadores y colonizadores con los indios y los esclavos negros. Por esta razón, es una ironía que Teddy Boy, un racista a ultranza, termina casándose con una mestiza. Cuando uno de sus alumnos, Lelo López Aldana y Amat, se enamora de Alicia, otra mestiza, el susodicho profesor trata de explicarse y explicarlo a sus estudiantes:

Un día en plena clase de historia del Perú, Teddy Boy casi mata a Lelo López Aldana y Amat, por ser descendiente del ilustre virrey del mismo nombre y muy probablemente de la Perricholi, también llamada la Pompadour peruana, célebre querida mestiza y muy *mobile* del anciano virrey cornamentoso. Y como el pobre Amat era catalán y a cada rato enfurecía con su concubina, la insultaba gritándole ¡Perri choli!, cuando en realidad lo que quería decirle era perra chola. «Y de allí que el niño malo que duerme con el monstruoso Hitler sobre su cama, sufra de amor, como su antepasado, por una linda perrita chola». <sup>27</sup>

Una vez más se evidencia que la movilidad social y económica de los provincianos y el grado de su mestizaje no son los factores deter-

---

<sup>25</sup> Ibid., 399.

<sup>26</sup> Ibid., 565.

<sup>27</sup> Ibid., 210.

minantes en la exclusión, sino la manera como son representados en la cosmovisión racista de la oligarquía criolla que se arroga en un cien por ciento la pertenencia a la raza blanca concebida biológicamente como superior:

Presumían, como poca gente en Lima, de su rancio abolengo, y cada cumpleaños de Lelo en el colegio se celebraba mediante previa selección de los invitados, excluyendo a todos aquellos que pertenecieran a una familia conocidísima. Tipos como Montoyita, Pírcy Centeno o el becado Canales, por ejemplo, no tenían derecho ni de asomarse por ahí y no digamos nada del resto de la barriadita ni de tanto provinciano nuevo rico y de origen desconocido y, por lo tanto, muy sospechoso de pertenecer también a una raza inferior.<sup>28</sup>

«Amor racial» llama el narrador a las relaciones entre los blancos y los indios/cholos. La segunda ocurre entre Charles Colas de la Noue (*Chévalier de l'Ordre de Malte*) y descendiente de los marqueses Torre Tagle y una chola de Puquío, Vilma, un personaje descrito en la primera novela de Bryce Echenique, *Un mundo para Julius*. El protagonista de la tercera historia de «amor racial» es el gordo Tarrillo Grasso, «tremendo pendejo, Judas, salió a la superficie la tercera historia, complicadísima esta, de amor racial. Porque en ella había amor del bueno y razas inferiores, si se quiere, pero no hubo nunca, como en las otras, algo terriblemente enfermo o triste y cruel».<sup>29</sup> La descripción de Vilma —específicamente, sus tetas— se debe a que «el escritor Bryce Echenique es un sentimentaloides que, como eran tetas de mujer pobre, le metió ternura a su descripción caritativa».<sup>30</sup> El narrador critica, no al escritor de carne y hueso, sino al narrador de *Un mundo para Julius*, porque el autor implícito de *No me esperen en abril*, esa imagen del autor real que el lector infiere del texto, quiere acentuar el carácter ficcional de su creación. Sin embargo, en ambas novelas, los protagonistas —Julius y Manongo— exhiben ciertos rasgos comunes, tales como la fascinación por la fantasía, la piedad paternalista y un oscuro sentimiento de culpa con respecto a los subalternos. Ahora bien, ¿esta voz narrativa que se dirige al lector ideal con respecto a las vicisitudes de la historia contada en la novela: «[...]Pero dejémoslo en Manongo y Tere Mancini o, mejor aún, en Tere y Manongo. Sí. Dejémoslo ahí. Para que no suene todo a pre-

---

<sup>28</sup> Ibid., 241.

<sup>29</sup> Ibid., 270.

<sup>30</sup> Ibid., 255.

destinación o algo así [...]»<sup>31</sup> es o no digna de confianza? ¿Hasta qué punto este narrador se ciñe a la norma ideológica del autor implícito que parece proponerse denunciar el brutal racismo en contra de los sectores subalternos? ¿O acaso es cómplice del racismo a medias de su protagonista Manongo Sterne? Se sabe ya que este último es sensible a la injusticia social y, al mismo tiempo, manifiesta la típica conmiseración paternalista que manifiestan excepcionalmente algunos miembros de la oligarquía como un probable paliativo a la mala conciencia. Se señaló, asimismo, que no existe una relación de identidad entre Manongo Sterne y el narrador, puesto que la novela sigue las pautas de un régimen heterodiegético o —de acuerdo con la terminología tradicional— está escrita en tercera persona. Por un lado, el autor Bryce Echenique admite que parte de la novela es producto de su experiencia vivida, de modo que existe hasta cierto punto una relación de identidad entre el autor real y el personaje, de modo que la narración adquiere un cariz factual; por otro lado, es una narración ficticia ya que no existe una relación de identidad entre el autor real y el narrador.

Ahora bien, el racismo representado en *No me esperen en abril* no es una exclusividad de los blancos ya que los cholos, los indios y los negros —esos resentidos sociales capaces de cualquier cosa, diría el narrador— adolecen de la misma lacra ya que «los menos cholos y los extranjeros le rompían siempre el alma a los más cholos. Y el público, purito cholo, pero que sabía diferenciar entre cholo blanquiescente, cholo a secas, cholifacio, chontril y chuto, requetefeliz, cuanto más les daban a los chutos, a los amorfos, más feliz el cholifacético público». <sup>32</sup> De hecho, la gama variadísima de discriminación entre los diversos grupos de una sociedad mestiza se manifiesta en un espectro de dos extremos: el indio/pobre/feo/imbécil (inferior) y el blanco/rico/hermoso/inteligente (superior) tal como se corrobora en la información del Cholo José Antonio sobre el destino de Percy Centeno: «Ese, peor, porque como se chupó para siempre no bien le expropiaron su hacienda. Como que bajó la cabeza, que ya bien baja la tuvo siempre el pobre indígena en el colegio (...). En fin, que la broma favorita para explicar su caso es que el serrano Percy decidió un día reincorporarse a su comunidad indígena, con poncho, con ojotas, con bicicleta y todo... ¿Triste, no Manongo?». <sup>33</sup> O cuando el

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, 303.

<sup>32</sup> *Ibid.*, 419.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 531.



Negro Ismael Gatuzzo, alias Viernes, el de Robinson Crusoe, se re- volcaba de risa y le comentaba: «Ya vio, usted, Manongo: casándose con italiana, su compadre José Antonio ha logrado mejorar la raza».<sup>34</sup> En una sociedad que evoluciona desde el colonialismo hasta el post-colonialismo no es sorprendente comprobar que el racismo hegemónico se entroniza profundamente en la psicología de los colo- nizados que aceptan tácitamente la superioridad de los colonos, a despecho de Manongo Sterne, quien, abrumado por la nostalgia del paraíso perdido por su clase, su raza y su cultura, lamenta que en la Lima de hoy no «había raza blanca, por supuesto, sino una especie de crisol andino y mestizo con invasión diaria y capacidad de des- aparición vietnamita a la primera e inútil persecución policial».<sup>35</sup>

En suma, *No me esperen en abril*, como autobiografía heterodiegéti- ca, es una obra a horcajadas entre lo factual y lo ficticio, y corrobora, una vez más, que en la producción literaria de Bryce Echenique, vida y literatura se imbrican tan sutilmente que la frontera entre una y otra se diluye en las brumas del incógnito para el incauto lector. Resta todavía clarificar, a partir del entramado textual, en qué medi- da la ideología del protagonista Manongo Sterne converge o diverge con la ideología de Bryce Echenique, el autor real o biográfico. Como quiera que sea, el presente análisis interpretativo demuestra, pues, que el narrador de la novela no es nada confiable, puesto que, con su racismo —así como el del protagonista y el de los demás per- sonajes—, sabotea el proyecto ideológico del autor implícito de denunciarlo y ridiculizarlo con un humor corrosivo en una subyu- gante realidad ficticia, en el cual se entretejen con maestría los facto- res —raza, clase social y cultura— de la realidad peruana.

### Obras citadas

- BAL, Mieke. *Narratology. Introduction to the Theory of Narrative*. Toronto: To- ronto UP, 1997.
- BHABHA, Homi K. *The Location of Culture*. Londres y Nueva York: Routledge, 1994.
- BRYCE Echenique, Alfredo. *No me esperen en abril*. Barcelona: Editorial Ana- grama, S. A., 1995.

<sup>34</sup> Ibid., 540.

<sup>35</sup> Ibid., 548.



- COHN, Dorrit. *The Distinction of Fiction*. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1999.
- DE LA CADENA, Marisol. *Indigenous Mestizos. The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*, Durham & London: Duke UP, 2000.
- GENETTE, Gérard. *Fiction & Diction*. Ithaca: Cornell UP, 1993.
- ORTEGA, Julio. *El hilo del habla: la narrativa de Alfredo Bryce Echenique*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1994.